

1995

El pozo de Lebab (o de la traducción como un trabajo interior)

Alberto Blanco

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Blanco, Alberto (Otoño 1995) "El pozo de Lebab (o de la traducción como un trabajo interior)," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 42, Article 33.
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss42/33>

This Notas is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

EL POZO DE LEBAB (o de la traducción como un trabajo interior)

Alberto Blanco
University of Texas, El Paso

*"La traducción existe porque los hombres hablan distintas lenguas.
Esta verdad de Pero Grullo se funda en una situación
que puede ser considerada no sólo enigmática,
sino causante de problemas de una extrema dificultad."
George Steiner*

Hace algunos años, cuando escribí la primera versión de este ensayo sobre la traducción en base al mito de la Torre de Babel no conocía yo el célebre libro de George Steiner titulado precisamente *Después de Babel*, dedicado a dilucidar los problemas y los misterios de esta labor ingrata e indispensable, aleccionadora y frustrante a la vez: la traducción. Tampoco conocía yo un breve texto de Chesterton, titulado *La Pagoda de Babel*, proveniente de una de sus obras más famosas: *The Man Who Knew Too Much*, y recogido en la *Antología de literatura fantástica* de Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares.

En ambos textos encontré lo que podríamos llamar **un acuerdo**: una coincidencia esencial entre dos o más vidas, dos o más espacios y/o tiempos; dos o más visiones. Un acuerdo — en este sentido — obedecería más a las leyes de la causalidad que a las improbables leyes de la casualidad. Así fue que después de haber redactado la primera versión de este ensayo tomando como punto de partida "el áspero tumulto de lenguas rivales que siguió al derrumbe del zigurat de Nemrod" (la expresión es de Steiner) descubrí en los dos textos citados la confirmación de mi aventura: un acuerdo. Pero, ¿en qué consistía este acuerdo?

Por lo que toca al libro de Steiner, consistía en tomar como punto de partida el mito de Babel para intentar un asalto al puente que toda traducción

supone; después de todo, la Torre de Babel no sería más que la expresión material de un intento desesperado y, tal vez, descabellado, de tender un puente entre la tierra y el cielo. Un puente que dejara bien claro la supremacía de la tierra. Un puente entre la creación y su Creador para subrayar la supuesta supremacía de la creación. Un intento de semejante especie no podía más que desembocar fatalmente en la ruina. El acuerdo con el libro de Steiner es, hasta cierto punto previsible: es obvio que si el castigo al orgullo de los constructores de Babel consistió en la confusión de lenguas, allí surgió por primera vez la necesidad de traducir de un idioma a otro. Estamos hablando del origen mítico, simbólico de la traducción. El **alma mater** de los traductores es Babel.

Por lo que toca al breve y enigmático texto de Chesterton, el acuerdo es menos obvio y, tal vez, mucho más profundo (después de todo, este ensayo trata de un pozo): por primera vez me topé con un texto que daba cuenta de una intuición que hasta entonces yo consideraba — con ingenuidad sobrada — como estrictamente personal: a la construcción de la Torre de Babel corresponde la excavación de un pozo. Para mi mayor sorpresa y subsecuente gozo, Chesterton aclara en el breve texto de *La Pagoda de Babel* que la idea de un pozo sin fondo — imagen especular invertida de la torre — es muy antigua. “Ahora es una leyenda musulmana — dice — pero no me asombraría que fuera anterior a Mahoma.” Creo que para seguir el desarrollo de este ensayo vale la pena conocer el texto completo de *La Pagoda de Babel* tal como aparece en la *Antología de literatura fantástica*:

LA PAGODA DE BABEL

— Ese cuento del agujero en el suelo, que baja quién sabe hasta dónde, siempre me ha fascinado. Trata del sultán Aladino; no el de la lámpara, por supuesto, pero también relacionado con genios o con gigantes. Dicen que ordenó a los gigantes que le erigieran una especie de pagoda, que subiera y subiera hasta sobrepasar las estrellas. Algo como la Torre de Babel. Pero los arquitectos de la Torre de Babel eran gente doméstica y modesta, como ratones, comparada con Aladino. Sólo querían una torre que llegara al cielo. Aladino quería una torre que rebasara el cielo, y se elevara encima y siguiera elevándose para siempre. Y Dios lo fulminó, y le hundió en la tierra, abriendo interminablemente un agujero, hasta que hizo un pozo sin fondo, como era la torre sin techo. Y por esa invertida torre de oscuridad, el alma del soberbio Sultán se desmorona para siempre.

A esta imagen invertida de la Torre de Babel yo le he dado, simplemente invirtiendo el orden de las letras de Babel, el nombre de: *El Pozo de Lebab*.

*

Para entrar de lleno al espacio que este texto teórico propone, sugiero que nos remitamos primero al texto bíblico donde se cifra el mito de Babel. El pasaje aparece en el primer capítulo de la Biblia, el Génesis, justo después de la enumeración de las familias de Noé, y del relato de su dispersión sobre la tierra tras el diluvio:

La torre de Babel. 11. 1. No tenía entonces la tierra más que un solo lenguaje y unos mismos vocablos.

2. Mas sucedió que al desplazarse los pueblos hacia oriente hallaron una vega en tierra de Sennaar, donde hicieron asiento.

3. Y se dijeron unos a otros: Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos al fuego. Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betún en vez de argamasa.

4. Y dijeron: Vamos a edificar una ciudad y una torre, cuya cima llegue hasta el cielo: y hagamos célebre nuestro nombre antes de esparcirnos por toda la faz de la tierra.

5. Y descendió el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán.

6. Y dijo: He aquí, que el pueblo es uno solo, y todos tienen un mismo lenguaje; y han empezado esta fábrica, ni desistirán de sus ideas hasta llevarlas al cabo.

7. Ea, pues, descendamos y confundamos allí mismo su lengua, de manera que el uno no entienda el habla del otro.

8. Y de esta suerte los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad.

9. De donde se le dio a ésta el nombre de Babel, porque allí fue confundido el lenguaje de toda la tierra: y desde allí los esparció el Señor por todas las regiones.

*

Esta es la historia de la Torre de Babel tal y como se relata en la Biblia. Cuando decidí titular a este ensayo sobre la práctica de la traducción como *El Pozo de Lebab*, opté también ponerle un subtítulo: *de la traducción como un trabajo interior*. Y es precisamente en relación a este sesgo particular que quisiera hacer notar algunos detalles significativos en la historia de Babel que nos pueden ayudar a aproximarnos al sentido que guarda la traducción como un trabajo interior.

*

En primer lugar quisiera hacer notar que la historia de la torre en tierra de Sennaar comienza con una aseveración rotunda: “No tenía entonces la tierra más que un solo lenguaje y unos mismos vocablos.” Es decir, a pesar de que el hombre había perdido ya su condición de inocencia paradisiaca — al ser expulsados Adán y Eva del jardín del Edén — todavía conservaba una visión unitaria del universo que se expresaba a través de un lenguaje único “y unos mismos vocablos”. No es una mera casualidad — aquí habría que volver a hablar más bien de causalidad — que todas las civilizaciones cuenten con un mito análogo al de Babel que busca dar una explicación al enigma de la diversidad de las lenguas, así como a la fe sostenida en la existencia de una lengua única, original, que subyace a todas las demás. En *Lenguaje y Gnosis*, George Steiner lo expresa de la siguiente manera: “La lengua del Edén era como un cristal translúcido; la atravesaba una luz de comprensión absoluta. Babel fue como una segunda caída, en algunos aspectos tan desoladora como la original.”

Fue a raíz de que los hombres se propusieron edificar una ciudad y una torre, cuya cima llegara hasta el cielo, que el Señor decidió darles un escarmiento castigándolos con la pluralidad de lenguas, y despojándolos de esa luz de comprensión absoluta de la que habla Steiner, de manera que el uno no entendiera el habla del otro. Si atendemos al relato bíblico y a las complejas implicaciones del mito de Babel, resulta en apariencia evidente que fue en ese instante que surgió la necesidad de la traducción. Y digo sólo en apariencia, porque si bien antes de la construcción de la Torre de Babel no había necesidad de traducir de un idioma a otro, ya que “no tenía entonces la tierra más que un solo lenguaje”, no cabe duda que había nacido ya la necesidad de la comunicación entre los hombres. Y comunicar es, en más de un sentido, traducir. Más aún: todo lenguaje es, en sí mismo, un intento de traducción.

“Aprender a hablar es aprender a traducir” — dice Octavio Paz en la primera línea de su penetrante ensayo *Traducción: literatura y literalidad* —, “cuando el niño pregunta a su madre por el significado de esta o aquella palabra, lo que realmente le pide es que traduzca a su lenguaje el término desconocido”. A partir de la expulsión del Paraíso y, todavía antes, a partir de la escisión de la primera pareja, había surgido ya la necesidad de una primera traducción: aquella que todos efectuamos al traducir lo que vivimos, lo que nos pasa, lo que nos ocupa y lo que nos preocupa, nuestras necesidades, nuestros deseos, nuestros sueños, etc., a un lenguaje que pueda ser articulado, comunicado y luego interpretado por otra persona.

Si realmente todos estuviéramos viendo y viviendo lo mismo, no habría necesidad de decirlo. Pero vemos en el relato bíblico que ya en el mismo Paraíso había surgido la necesidad de comunicarse. Y es que para que se dé el fenómeno de la comunicación se necesita que por lo menos existan dos; es decir, sólo puede haber comunicación allí donde hay diferencia, distancia, separación. La escisión y la pérdida es la tierra prometida de la traducción.

*

“El ser humano se entrega a un acto de traducción, en el sentido cabal de la palabra, cada vez que recibe de otro un mensaje hablado.” Esto afirma George Steiner que ya antes había hablado del episodio de Babel como la encarnación de una segunda caída. Sin embargo, yo creo que, siguiendo la secuencia del relato bíblico y atendiendo a una de las lecturas simbólicas que se puede hacer del mismo, en realidad deberíamos hablar del desastre de Babel como del momento infausto de una tercera caída. ¿Por qué? Porque la primera caída — para seguir utilizando la misma terminología bíblica — habría sido — nada más y nada menos — que la creación.

El momento de la creación es el inicio de la dualidad: Creador y creatura. Antes de la creación no puede haber separación. Así pues, no es absurdo pensar que la primera traducción del mundo — en su sentido más esencial — haya sido precisamente la creación del mundo: Dios “habló”, “profirió” el mundo. Dijo: “¡Hágase!”, y se hizo. El mundo — nosotros — es — somos — la traducción de su desco. Sin embargo, una vez creado el mundo, y Adán con él, privaba — según lo relata el Génesis — una lengua adánica que fue la lengua con la que Adán dio nombre a todos los seres y que — es lícito suponerlo — fue la misma que siguió utilizando después de la segunda caída, cabe decir, de la segunda traducción: aquella que le llevó a comunicarse con su mujer primero y luego con todos los demás seres humanos. Porque no debemos olvidar nunca que “la traducción, entendida en el sentido apropiado, es un segmento especial del arco de la comunicación que todo acto verbal efectivo describe en el interior de una lengua determinada.”

El castigo en vistas al desatino de la construcción de la Torre de Babel viene a ser así un tercer peldaño que el ser humano ha tenido que descender en su condición de creatura desasosegada por el lenguaje: a partir de Babel el arco de la comunicación no sólo ha de cumplirse dentro de la misma lengua sino entre lenguas diferentes. Y aquí, por fin, estamos hablando de la traducción tal como se entiende entre escritores: como traducción literaria.

*

Quisiera destacar ahora, en segundo lugar, otro detalle muy significativo del relato bíblico de Babel: los hombres decidieron construir la torre, pero no con piedras ni con tierra, sino que “se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betún en vez de argamasa.” (Aquí cabe señalar, de paso, que todavía en algunos lugares se le llama **betún de judeo** al asfalto.) En otras palabras, a los constructores de Babel ya no les bastó echar mano de aquellos materiales que se encontraban directamente a su alcance, sino que procedieron a elaborar los materiales mismos de la construcción: cocieron ladrillos y extrajeron betún de

los pozos. ¿No se podrá ver en todo esto una metáfora en relación con el lenguaje?

Si leemos la construcción de Babel como una metáfora de lo que es la construcción de un texto — de un poema, pongamos por caso — veremos que esta construcción se lleva a cabo utilizando materiales previamente elaborados y largamente trabajados por el hombre. Así pues, podemos leer en la historia de Babel — entre muchas otras cosas — un tratado de filosofía, teoría y práctica de la traducción.

Y aquí no estoy hablando ya de esa primera traducción, en sentido más o menos figurado, que se refiere a la traslación de los hechos, los afectos, las emociones, la vida — en pocas palabras — al lenguaje; no. Me estoy refiriendo muy concretamente a la traducción literaria: a la traducción que se efectúa a partir de una lengua en particular a otra lengua en particular.

*

Ahora quisiera destacar, en tercer lugar, un aspecto esencial del relato bíblico para someterlo a su consideración. Dijeron los constructores: “Vamos a edificar una ciudad y una torre, cuya cima llegue hasta el cielo: y hagamos célebre nuestro nombre antes de esparcirnos por toda la faz de la tierra.” He aquí el orgullo del que tantas veces se ha hablado en relación al castigo infligido por Dios a los descendientes de Babel. Y si bien es cierto que el haber querido levantar una torre que llegara hasta el cielo — y no perdamos aquí de vista el paralelismo propuesto entre la Torre de Babel y un texto literario — constituye una muestra contundente de orgullo, tal como se relata también en *La Pagoda de Babel*, estoy convencido de que el gran acto de orgullo de los constructores de la torre consistió en que no la hicieron habitable.

Tal vez si aquella torre hubiera sido hecha para ser habitada, como una ciudad-colmena, como un inmenso multifamiliar, hoy otro gallo nos cantara. Mas los hombres — y esto queda muy claro en el texto bíblico — la edificaron para hacer célebre su nombre. Aquí cabe preguntarnos: ¿con cuántos textos, con cuántos poemas no sucede lo mismo? Tal vez será por eso que merecen la confusión de lenguas, el desconcierto y la consiguiente incompreensión: no por ser grandes, ambiciosos, extensos o complicados, sino por ser inhabitables.

Porque “por lo menos esto hay en común entre la poesía y la arquitectura — dice Ramón Xirau en su ensayo *Palabra y silencio* —: tratan de dar a los hombres un lugar en el espacio y el tiempo... Filosofía, poesía, arquitectura, quieren hacer que nuestro mundo sea habitable.” Y la Torre de Babel en su necia pretensión de ser inhabitable, no sólo no consiguió su propósito de servir sólo de escalera a la celebridad del nombre, sino que volvió más inhabitable aún el duro desierto que el Señor había destinado a los descendientes de Noé; y en su obstinada pretensión de llegar al cielo, no sólo consiguió la ruina de toda la

construcción sino la de los mismos constructores. Porque “si hubiera sido posible construir la Torre de Babel sin ascenderla — especula Kafka en uno de sus cuadernos — su construcción hubiese sido permitida.”

*

Ahora bien, sin olvidar el paralelismo propuesto entre la Torre de Babel y un texto literario, un poema, ¿cómo restablecer el pacto, el equilibrio roto por la desmesura del intento del hombre por emular al Creador? ¿Cómo balancear el orgullo, el tesón desaforado, la fiebre ascensional de esas grandes construcciones literarias que todos conocemos? Mi modesta proposición sería la siguiente: cavando un pozo. Participando en la construcción del Pozo de Lebab.

Aquí vuelvo a Kafka: sin duda alguna el tema de Babel era una de sus preocupaciones más asiduas. Y muchas veces parece estar más preocupado por los cimientos de la Torre de Babel que por el edificio mismo. Que es una forma de decir: con frecuencia le preocupaba más el lenguaje, el fenómeno del lenguaje, que lo que pudiera decirse con el lenguaje, o que el sentido último de las construcciones literarias. Así, pues, no es de extrañar que en los Diarios de Kafka me esperara un tercer acuerdo: “Estamos cavando la Fosa de Babel.”

La Fosa de Babel de Kafka es lo que yo llamo el Pozo de Lebab. Pero, ¿qué es exactamente el Pozo de Lebab? Y, a final de cuentas, ¿qué tiene que ver con el trabajo de la traducción? Aquí voy a citar en extenso el brillante ensayo de Paz sobre la traducción:

El poeta, inmerso en el movimiento del idioma, continuo ir y venir verbal, escoge unas cuantas palabras — o es escogido por ellas. Al combinarlas, construye su poema: un objeto verbal hecho de signos insustituibles e inamovibles. *El punto de partida del traductor* (el énfasis es mío) *no es el lenguaje en movimiento, materia prima del poeta, sino el lenguaje fijo del poema.* Lenguaje congelado y, no obstante, perfectamente vivo. Su operación es inversa a la del poeta: no se trata de construir con signos móviles un texto inamovible, sino de desmontar los elementos de ese texto, poner de nuevo en circulación los signos y devolverlos al lenguaje.

Claro que como poeta, Paz habla de la traducción de poemas, pero sus afirmaciones son válidas para toda traducción literaria. Y teniendo todo esto en cuenta y continuando con la exégesis bíblica, yo diría que todo poema a traducir es una construcción — la Torre de Babel — y que el Pozo de Lebab sería ese movimiento inverso del que habla el poeta: toda torre en la tierra es un pozo en el cielo.

*

Desmontar los elementos que forman un poema no puede ser sino la primera parte de esa empresa total que es la traducción. No es difícil comparar metafóricamente este primer paso con el dragado de un pozo: una inmersión en la materia del texto, del poema que se quiere traducir. Se trata de un buceo a profundidad en el agua de su lengua: un recorrido minucioso por sus articulaciones, sus movimientos, sus enigmas, hasta llegar a una fusión con el poema y estar así en posibilidad de iniciar la segunda parte del trabajo de la traducción.

Siguiendo con los símiles que he utilizado hasta este punto, se podría decir que en una buena traducción lo que se obtiene al cavar el Pozo de Lebab es **un molde**, lo más aproximado posible al original. Este molde habrá de servirnos para la construcción de una nueva torre — con otros materiales, en otras condiciones y en otra tierra — que haga justicia a la primera, a la original. Y no perdamos de vista que un molde es una **forma**: aquí están las guías, los lineamientos que habrán de presidir la construcción de un nuevo aparato verbal en otra lengua.

Esta forma es esencial en el segundo paso de la actividad del traductor: sabe que el nuevo poema ha de reproducir con nuevos materiales los efectos provocados por la forma original. El trabajo creativo del traductor, paralelo al del autor, es de índole semejante y, a la vez, radicalmente distinta: por una parte ha de poner en juego toda la creatividad disponible al servicio del genio de la lengua a la cual traduce, pero, por otra parte, ha de ceñirse siempre a su modelo y al conocimiento de la lengua original. La creatividad del traductor está al servicio de la creatividad de otro, y en este servicio salen a relucir las indispensables condiciones de humildad que toda buena traducción requiere. Sin dejar de ser quien es, el traductor ha de ser otro. **Yo soy otro**, podría ser el lema de los traductores. En este sentido, toda labor de traducción es un trabajo devocional. Se comienza, pues, a balancear ese orgullo del que hablamos en un principio. Más que Torre de Babel, Escala de Jacob. Comienza a tener sentido la idea del trabajo de traducción como un trabajo interior.

*

Que la traducción es un trabajo de orden devocional lo sabemos todos cuantos hemos dedicado incontables horas a esta empresa. Y no sólo por la exigua paga. Es un trabajo devocional en un sentido más profundo por el gesto de humildad que requiere: que pase primero el autor, el amo; yo, traductor, estoy a su servicio. Y aquí me gustaría apuntar un par de paralelismos que pueden resultar esclarecedores: el que existe entre la traducción como ejercicio literario y los ejercicios que durante siglos hicieron los pintores y los escultores copiando las obras de los grandes maestros antes de emprender la creación de las propias;

y el que existe entre la traducción y la actuación: la interpretación.

Por lo que toca al primero, que gozó de enorme popularidad y prestigio durante siglos y que todavía algunos cuantos osados pintores y escultores intentan en nuestros días, vale la pena decir que muchas de las obras maestras de la antigüedad clásica — por sólo poner un ejemplo — nos serían completamente desconocidas de no ser por las copias que de ellas hicieron algunos esforzados “traductores” plásticos. Difícilmente se me ocurre una mejor recompensa, desde el punto de vista artístico, al callado mérito de los traductores, que la conservación de muchos de los grandes textos de la antigüedad gracias a las traducciones que de ellos se hicieron.

Por lo que toca al segundo, al paralelismo entre la traducción y el trabajo del actor o — si es que quisiéramos hablar de música — del intérprete, queda claro que la humildad y la paciencia que han de ponerse en juego para lograr llevar a cabo con éxito sus tareas, implican grandes peligros en el trayecto: no resulta remota la posibilidad de que el trato constante y abusivo con las grandes obras creadas por otros artistas pueda llegar a secar el venero de la creatividad del actor o del intérprete; y, vale decir lo mismo, del traductor. Sobre todo si se trata de una creatividad escasa, mal nutrida o menguada por el descuido. En este sentido la traducción como un trabajo interior ha de verse más bien como una magnífica posibilidad de mantener viva la propia creatividad, a fin de ponerla al servicio no sólo de las obras de otros, sino de lo que Kandinsky llamaba la necesidad interior.

El buen traductor ha de estar alerta. El mejor de los mundos posibles sería aquel donde el traductor tuviera la libertad de elegir de corazón aquello que quisiera traducir. Sobre todo si hablamos de traducir poesía. Y si podemos pensar en un mundo así, qué nos cuesta pensar en un traductor que contara con un conocimiento profundo tanto de la lengua en que ha sido escrita la obra original, como de la lengua receptora de la traducción; que tuviera una empatía necesaria con el texto que va a traducir, así como un ojo atento a la calidad y la velocidad de las imágenes y un oído fino y aguzado para captar las entretelas más sutiles del sonido original. Un traductor que fuera capaz no sólo de conservar las cualidades esenciales de la obra madre, sino que incluso, si esto fuera posible, incrementara estas cualidades en la obra traducida.

Un buen ejemplo de lo que propongo sería el conjunto de traducciones que algunos maestros franceses hicieron el siglo pasado de la obra de Edgar Allan Poe. Como dice T. S. Eliot en su ensayo *De Poe a Valéry*: “La verdad es que, al traducir al francés la obra de Poe, Baudelaire la mejoró sorprendentemente; transformó lo que era, con mucha frecuencia, una prosa inglesa descuidada y vulgar en un francés admirable. También Mallarmé, que tradujo al francés, en prosa, cierto número de poemas de Poe, los mejoró en forma análoga.” ¿Qué mejor prueba se podría ofrecer de los poderes de la traducción, y del trabajo del traductor como un acto creativo de la más alta especie?



He intentado en este ensayo — *El pozo de Lebab* — ofrecer una interpretación del mito de Babel en relación a la teoría y la práctica de la traducción. Con el mismo boleto y en el mismo viaje he intentado compartir algunas experiencias que me hacen creer en el trabajo de la traducción como una labor que va más allá del simple transporte de una obra literaria de una lengua a otra. Creer en el **trabajo de la traducción como un trabajo interior**. Al respecto, y para terminar, haré una breve recapitulación de las razones que justifican el subtítulo de este ensayo.

En primer lugar, la traducción — en particular la traducción de poesía — es, o puede ser, un trabajo interior en la medida en que implica una lectura y un estudio de la obra que se va a traducir que no se detiene en el mero goce, y en un primer entendimiento, sino que exige — y aquí me atengo al mejor sentido de esta palabra — una recreación: una verdadera e íntima participación en la aventura que propone el autor, y cuyos riesgos y riqueza pueden ser compartidos inmejorablemente a través de la aventura paralela de la traducción. Quienes hemos emprendido aventuras semejantes sabemos que, quizá, no hay mejor forma de leer una obra que admiramos, que traducirla.

En segundo lugar, la traducción es un trabajo interior en la medida en que requiere una humildad constante a fin de guardar fidelidad a las intenciones del autor. Pero, ¿qué tanta fidelidad se puede lograr en una traducción? Depende de varios factores, entre los cuales la creatividad del traductor no es ciertamente de los menos importantes. Ya Ezra Pound glosó en páginas de sobra conocidas — y cuya repetición muy seguramente insultaría la cultura del auditorio — los tres modos mediante los cuales el lenguaje se carga de energía: la **fanopea**, la **melopea** y la **logopea**. Sin desdecirme de mis propósitos, sólo recordaré que la fanopea ha de traducirse sin mengua alguna; que la melopea es casi intraducible a no ser por un verdadero milagro (como podría ser el contar con un oído divino); y que la logopea se puede reconstruir de manera análoga en otro idioma. Y aquí viene perfectamente a cuento la admirable definición de Valéry: “El ideal de la traducción poética consiste en producir con medios diferentes efectos análogos.”

En tercer lugar, la traducción literaria es un trabajo interior en la medida en que obliga a un sondeo minucioso de la lengua de la cual se traduce, pero — y sobre todo — porque obliga a hacer otro tanto con la lengua materna: una investigación cuidadosa y apasionada de los medios de los que nos valemos para pensar.

Y, por último, hay que decir que la traducción es un medio precioso para acercarse a observar el misterio de la realidad que late detrás de las palabras. Un atisbo — si se quiere — de aquel lenguaje único, Adánico, del que disfrutaba la humanidad antes del desafío de la construcción de la Torre de Babel. “La lengua humana es la esencia espiritual del hombre — dice Walter Benjamin —

y sólo por ello la esencia espiritual del hombre, el único entre todos los seres espirituales, es enteramente comunicable.” En la ambigua labor del traductor se cifra la salud y la historia del lenguaje. Y si somos muy afortunados, y nuestro destino así lo quiere, a través de las contradicciones del trabajo de la traducción podremos vislumbrar esa unidad que, muy anterior a las palabras, constituye nuestra propia vida, sin oposición a nada, sin distancia, sin comunicación ni traducción posible: la vida, nada más.